

unomásuno

14/XI/80

Conciencia crítica y responsabilidad

Pensar en el país desde la redacción de un medio informativo impreso como el nuestro —es decir, desde una posición comparativamente privilegiada en términos sociales—, implica un compromiso. Fuera de los temas para debates abstractos, resulta sencillo comprobar que vivimos en una sociedad hondamente escindida a causa de un injusto reparto de los bienes que en ella se generan. Y es preciso, entonces, decidir si en el ejercicio de la profesión va a reforzarse el orden que consagra esa escisión o si habrá de propiciarse un cambio de perspectiva. Nosotros, desde el primer número, hemos elegido lo último. Luego, hecha la elección, hay que seguir cotidianamente la curva de la historia en cada acierto, en cada revés, en cada riesgo. No es seguro que lo hayamos logrado siempre; sólo es seguro que lo hemos intentado año tras año, hasta entrar hoy en el cuarto.

Sin maniqueísmos simplificadores pero sin dimitir del espíritu crítico, vemos cómo se desarrolla el proceso de concentración de la riqueza en la cúpula social. Y lo hace a expensas de un viejo proyecto progresista que no ha hallado surco propio ni abono para pasar de las leyes a la realidad viviente. En esa cúpula, las clases poderosas entrecruzan sus intereses, hasta confundirlos, con los del tejido externo en cuya lógica está la subordinación nacional y la postración de nuestros grupos mayoritarios. No lo hacen por razones de villanía, es cierto. Simplemente aprovechan un marco de circunstancias concretas que casi todos, por acción u omisión, hemos contribuido a crear. Y es patente, por lo demás, que están desprovistas de esa seguridad histórica que sólo confiere la legitimidad de una propuesta. Por eso se amalgaman en esas clases la aristocracia del dinero y el oportunismo político, testimonio éste de un revanchismo histórico que por sí solo prueba la vitalidad de la contrapropuesta revolucionaria.

Conciencia crítica

14/XI/80 y Responsabilidad

■ de la primera

Vemos, asimismo, al Estado y sus órganos apendiculares — y esto desde hace varios decenios — demandar reiteradamente un consenso social que no se otorga nunca como respuesta mecánica a una pieza oratoria, sino sólo cuando hay asentamiento respecto de un proyecto claro y una visión estratégica justa. A falta de ello, se deforma necesariamente la interlocución del Estado con las fuerzas sociales que le dieron su peculiar conformación política. Y en ese espacio de distorsión y disociación se instala una capa de funcionarios públicos que parecieran hechos en serie y con los atributos de los estadistas perdidos en las líneas de montaje. Para ellos, en el mejor de los casos, la aplicación de las leyes es dádiva paternalista y no un mero acto de justicia institucional. Esto preocupa. Y también ese frecuente olvido de que el poder no es ambición de dominio, sino responsabilidad, voluntad de servicio, ejercicio constante de una inteligencia crítica regida por principios.

En ese cuadro difícil tenemos que abrir brecha diariamente a nuestra concepción del periodismo. Es decir, tratar de ser útiles con los valores de la información y la opinión, a quienes viven de su salario, han conseguido organizarse y constituyen una fuerza social en maduración y ascenso. Igualmente a quienes enseñan en las aulas o se preparan en ellas para intervenir en la vida productiva. Y de manera particular, a los millones de desposeídos arrojados al aislamiento y la desarticulación social, sin acceso alguno al hacer público. Todos ellos tienen derecho a informar y ser informados, a participar en las actividades sociales y políticas con un mínimo de aptitud. Esto significa que tienen derecho, antes que nada, al trabajo, a la remuneración, al ocio creativo, a la asociación defensiva. Ya no es permisible invocar la precariedad de las finanzas públicas como explicación de la pobreza y la marginación. El país dispone en nuestros días de recursos materiales, financieros y humanos bastantes para incorporar a toda la población activa a las tareas de un desarrollo independiente. Es lo que propugnamos.

Y no lo hacemos sólo por cuestiones de opción ética — aunque pocos imperativos de la moral tendrían un mejor sustento —, sino, principalmente, por los requerimientos de una conciencia política que estamos seguros de compartir con un número de mexicanos lúcidos más alto del que suele suponerse. Tal conciencia tiene que ver con el presente y el futuro de un país que debe mantenerse soberano sin chovinismos herméticos, sin renunciadas a la modernidad y a la convivencia pero sin que el principio nacionalista suponga la suspensión del juicio en relación con los antagonismos internos.